

RIVA AGÜERO, MAESTRO UNIVERSITARIO

Por José A. de la Puente Candamo

José Agustín, en este año, por primera vez escribe para nosotros. Y agradecemos su decisión, pues él nos era necesario para subrayar más aún, con palabra precisa y con citas adecuadas, el pensamiento y la figura de José de la Riva Agüero, Maestro Universitario.

LA rara cualidad que hará que Riva Agüero sea recordado en la Historia con admiración y acatamiento, será, sin duda alguna, el mensaje singular de su vida arrogante y rectilínea.

Por encima aún de los insignes merecimientos del estilista incomparable, del historiador integral y del político cabal y dignísimo, se halla lo que podríamos llamar el signo de la personalidad de Riva Agüero: su inusitada y brillante estructura moral, que unida a su peculiar y portentosa organización mental hacen de él un hombre de verdadera excepción en todos los ambientes, y en especial en éste, tan deslucido como claudicante y perplejo. Completando la constitución de su textura moral y como base y fundamento de ella, se hallaba su sólida fe religiosa que Riva Agüero la defendió después de readquirirla, con toda la energía y eficacia de su espíritu resuelto y denodado.

Su vida es una enseñanza imperecedera y sin par, de fe, sabiduría y altivez en la contienda. Un ejemplo de pasmosa intransigencia con el error, de gran caridad con el necesitado y una muestra del señor de otros tiempos que hizo de su vida inobjetable un legado para la posteridad.

Por ello es que la juventud que piensa con independencia y raciocina sin prejuicios encuentra en Riva Agüero al maestro ejemplar, al amigo fidelísimo y al hermano veraz.

Los que públicamente lo confesamos cuando existía en la tierra y demostramos nuestra integral aprobación a su vida y a su obra, podemos hoy después de muerto, afirmar sin rodeos ni avaricias y desterrando el temor vergonzante a los retrasados y sórdidos homenajes póstumos, que estamos con la doctrina y el proceder de Riva Agüero íntegra y plenamente, que lo creemos y lo proclamamos como el más elevado y auténtico exponente de la nacionalidad y le expresamos nuestra plena adhesión sin asomo de quisquilla ni sospechas, titubeos, dudas o reservas cobardes y mezquinas.

El suceso que es el eje de la vida de Riva Agüero, es su retorno a la creencia y vida católicas. Este hecho define y caracteriza al hombre que luego actuará en todos los instantes de su vida en esmeradísima cocordancia con sus principios.

Como resultado de una vida aguerrida e intransigentemente verdadera, Riva Agüero abandona la política activa en su notable y definitiva renuncia de su cargo de Ministro de Estado, cuando se promulgó la ley del divorcio.

Después de su conversión al catolicismo, éste es el hecho esencial de 'a vida de Riva Agüero y acción excepcional en este medio hartado de conductas ondulantes y proceder equívocos. El abandona el ministerio, no por razones secundarias ni pretextos de último e imprevisto momento, él lo dice pública y altivamente, se retira, porque no acepta "ordenar la publicación y el cumplimiento de mandatos condenados por mi razón y execrados por mi fé".

Y así, como en plena y anhelante juventud halló cerradas las puertas de la vida pública por quienes demostraron así imprevisión y miopía suicidas; se retira esta vez, para no retornar más a la política, él tiene una línea de conducta que no acepta fingimientos ni dudas y por ello se aleja cuando en algo puede sufrir su integridad moral.

Su renuncia es una lección de valentía, desinterés y lealtad con la propia creencia y las generaciones futuras verán en él al hombre que no cede ante las ventajas y los honores pasajeros de la vida, cuando éstos representan una mengua en su intangible patrimonio espiritual.

Siguiendo este proceso deductivo de la vida de Riva Agüero y como consecuencia lógica de su existencia orgánicamente constituida, él desempeña en la Universidad una misión esencialmente concorde con su creencia religiosa y formación intelectual; su marco de conducta se mantiene inalterable como se

mantuvo incólume a través de su vida política.

La idea matriz que tenía Riva Agüero sobre la educación reposaba en: "mi programa acerca de la libertad de enseñanza en todos los grados y muy especialmente en el superior".

En 1930, defendiendo públicamente a la Universidad Católica afirmó: "Que los alborotadores de hoy pretendan entre frenéticas aclamaciones a la libertad y en nombre de ella, suprimir la de la enseñanza, y precisamente en su grado superior, es una inconsecuencia tan burda que parece suficiente enunciarla para rebatirla".

En 1934 clausurando el Año Académico de la Universidad Católica como Ministro de Instrucción dijo: que debe lucharse por el mantenimiento de la libertad en "lo lícito", aclarando el sentido lógico y verdadero del libre arbitrio humano. Y laborar desde todos los campos por el predominio del orden basado en la libertad, pues afirmaba enfáticamente que "la civilización es orden porque es inteligencia".

Su consecuencia con estos principios lo lleva a afirmar "Que haya diversos focos de luz intelectual en esta adormecida sociedad; pero que sean de veras focos de luz, claros, limpios y nítidos, no cubiertos con el humo de confusiones y ambigüedades".

Se declara ferviente partidario de "universidades libres", sometidas, es cierto, a la vigilancia del Estado, obligadas a respetar las bases del orden moral, social y político".

Y aclara decididamente en el artículo citado en defensa de la Católica: "Lo que pedimos y exigimos es el régimen libre, que es el de la seguridad y la dignidad; el único que puede formar

generaciones de verdaderos ciudadanos, respetados en sus opiniones, respetuosos de las ajenas, que conserven, ejecuten y desenvuelvan sus legítimas originalidades, sin las cuales toda sociedad languidece y se postra en el unánime servilismo, y para quienes el concepto de libertad representa algo mucho más elevado que el atentar contra los derechos y la conciencia de los demás”.

Como aplicación de su principio básico a favor de la libertad de enseñanza en el marco de lo lícito y con los debidos controles, Riva Agüero se demuestra decidido opositor de la Escuela Única y del Monopolio Universitario afirmando: “El país que no admita otro pensamiento y otra enseñanza, que la rigidamente oficial, sujeta a la insuficiencia y los caprichos de la arbitrariedad administrativa, el país en que predominen de manera estable y definitiva esas dos funestas fórmulas del despotismo izquierdista, que se llaman la escuela única y el monopolio universitario, llegaría muy pronto, por la asfixiante monotonía socialista, a una mentalidad rayana en la estupidez”.

Es partidario, con exacto criterio humanista, “de la íntima compenetración de los cursos de ciencias y letras en la llamada Facultad de Artes, a la manera tradicional de las universidades medioevales y españolas y como todavía se usa en las anglo-sajonas y germanas”. Intentó aplicar este magnífico y experimentado proyecto en su “efímero ministerio” pero fracasó porque hubo quienes “lo calificaron de arcaísmo, sin percatarse que los países más progresistas la conservan”.

Era pues, su inefable deseo el “equilibrar a la cultura científica y la artística”.

Y como corolario de su posición universitaria Riva Agüero se manifiesta públicamente contrario al nefasto sistema del cogobierno en el mandato universitario; este acontecimiento determinó su definitivo y total alejamiento de San Marcos cuando renunció a una cátedra en 1931, cumpliendo con un deber de fidelidad para con su propia conciencia y de lealtad para un amigo expulsado y bafado.

Dice que abandona San Marcos y que “habría contestado agradecido este nuevo honor que la universidad me tributa, si no derivara por teoría errónea y práctica funesta y decisiva de la intervención estudiantil, cuya competencia no reconozco y cuyos votos por consiguiente no acato”. “Entre todos los posibles sistemas de provisión de cátedras, no imagino ninguno más inaceptable que éste y, continúa, porque cualquiera entraña menos incompetencia y menos diaria y cuitada servidumbre”.

Se niega rotundamente a tolerar el sistema de la intromisión de los estudiantes en la designación de los catedráticos, pues considera que todos los sistemas, aún el peligrosísimo e inconveniente de la intervención gubernativa, encierran mayor derecho y mejor preparación, demostrando su adhesión a los métodos del concurso y de la cooptación.

Concluye su renuncia definitiva de San Marcos diciendo claramente: “Yo no puedo autorizar ni tolerar el desorden. Por eso, pido a Ud. Sr. Decano, que exprese a la Facultad mi irrevocable renuncia; y mi espontáneo y deliberado apartamiento de toda directa docencia universitaria, mientras subsista el presente sistema, que está en evidente pug-

na con mis convicciones y con mi conciencia”.

Y así dejó San Marcos el alumno que fué honra del claustro, el crítico que renovó la historia y el maestro universitario por antonomasia.

Pero Riva Agüero abandonó San Marcos no sólo por razones de gobierno universitario o cuestiones políticas, él dejó para siempre el añejo instituto por discrepancias doctrinarias y distinción de principios; ésta es la verdadera causa de su alejamiento de la Universidad centenaria, las otras circunstancias fueron meras ocasiones y nó la base y esencia de la irrevocable separación.

Los últimos diez años de su vida los dedicó Riva Agüero a luchar íntegramente por la Universidad Católica y a ella le entregó su esmerada y constante preocupación.

En 1930, cuando la Católica era objeto de indiferencia para casi todos y de mofa para muchos, la indiscutible autoridad del maestro afirmaba públicamente que “la Universidad Católica no puede ni debe extinguirse, ni ser desconocida la validez de sus grados”.

Además de la constante e incomparable ayuda, que en todo momento prestó Riva Agüero a la Católica con su poderosa influencia y extraordinario valor, dictó en ella el magistral curso sobre las Civilizaciones Pre-hispánicas que es hasta el momento la última palabra de la ciencia histórica sobre esas culturas.

La constitución de la Universidad Católica, la organicidad en su enseñanza y la inspiración de su doctrina, hicieron que Riva Agüero se sintiera cada momento más vinculado a ella, pues concordaba plenamente con sus convicciones y con sus creencias.

La última vez que Riva Agüero ocupó una tribuna universitaria fué en el aula máxima de la Católica, en la que dijo — precisamente dos meses antes de su muerte — que dicha Universidad era “la suprema esperanza de la causa del orden, la religión y la cultura en el Perú”.

Y ésta ha sido la postrera declaración pública del maestro que hasta el lecho de muerte llevó las preocupaciones similares y las comunes inquietudes del claustro de la Católica, que hoy día lo proclama como su más claro exponente y su más distinguido, valeroso y denodado conductor.

Libertad de enseñanza, supervigilancia del Estado, oposición al Monopolio y a la Escuela Unica como consecuencia de su adhesión al principio de la libertad en lo lícito, rechazo del cogobierno en la Universidad son, podemos decir, los puntos básicos de la posición de Riva Agüero frente a los problemas generales de la Universidad.

El, tachado de retrógrado, defendió siempre, con la decisión que cada día es más rara en este país, el principio de la libertad de enseñanza; él, estudiante modelo y guía estudiantil, luchó contra el cogobierno que origina la tiranía de la mayoría inconsciente, precipitada e inexperta; y él, profesor universitario, se opuso siempre a la Escuela Unica y al Monopolio Universitario, por ser fórmulas injustas, equivocadas y tiránicas, fruto de la demagogia izquierdizante y anárquica.

Al término de su vida, Riva Agüero queda solo, en medio de esa soledad de la cual se enorguliecia con razón, pues era el resultado magnífico de su obra inobjetable y dignísima. La oposición de sus enemigos y el temor, que algunas veces originó en sus amigos la negación

al hermano leal y al compañero fraterno, fueron consecuencia de su obra valiente y decidida.

Su increíble superioridad sobre nuestro mediocre ambiente hizo que no ejerciera en él, la labor que sus condiciones le imponían, pero deja un mensaje de entereza, altura y dignidad, de profundidad de pensamiento, rigidez e integridad de conducta que harán que el tiempo lo recuerde como a seño-

ro dechado que dedicó su vida a la defensa de la Verdad, la Tradición y la Patria.

Y como tributo a lo que fué su vida y a lo que ella significa como paradigma y advertencia, pensemos en lo que él tanto, y especialmente en sus últimos días, pensaba y meditaba: "Más peligrosa que la nocividad o la envidia de los contrarios, es la flojedad e indecisión de los amigos infieles o cobardes".

FUE un paladín de la tradición, del orden y de la fe, un espíritu de brecha, un caballero sin miedo y sin tacha de la verdad. Tuvo el coraje en una época de acomodados, de ser honrado y sincero, sin tretas ni malicias, incapaz de los fingimientos y mentiras que llevan al éxito, y tuvo, sobre todo, como señal de auténtico apostolado, la virtud, que es en el Perú un delito inexpiable, de decir siempre la verdad.

RAUL PORRAS BARRENECHEA.